



do al Oriente, á este mortal cuya noble fisonomía reflejaba la bondad, el valor y la magnanimidad.

Lós pueblos asiáticos conservaron el recuerdo de este rey poderoso, y á muchos hechos se les hace datar de la famosa era del cornudo *Terik, d'hul Karnain* (3).

Con Seleuco fracasó toda tentativa de imperio universal. El último de los compañeros de Alejandro llevó á la tumba la esperanza de heredar la obra de su maestro. Se había hecho imposible para siempre toda clase de unidad: nadie podía intentarla, ni siquiera pensar en ella.

Era preciso, en efecto, haber vivido en la escuela del gran conquistador para continuar sus proyectos. Los ambiciosos vulgarés eran incapaces de realizarla; así es que en las vastas empresas de los generales macedonios, en las tentativas de Pérdicas, Antipator, Antígono, Demetrio y Seleuco, había un reflejo del genio de Alejandro.

Cuando murieron todos, sólo quedó de esta época memorable un recuerdo de admiración y de terror: se tuvo por divinidades á estos seres que ambicionaron la dominación del mundo. El universo parecía pequeño para contenerlos: en derredor del dios Alejandro se agruparon todos estos dioses secundarios, que nacidos á su sombra, habíanse dividido sus despojos, y sus degenerados hijos no pensaron más que en levantarles altares. El culto les dispensaba de la imitación.

Por otra parte, para proseguir la obra de Alejandro, eran necesarias fuerzas más que humanas, y si los grandes capitanes que la intentaron después de él no pudieron conseguirla, ¿habrá alguno bastante presuntuoso para creerla posible todavía?

El obstáculo procedía de más alto que de la humanidad: no hay genio que pueda luchar contra los designios providenciales: sólo el pueblo romano debía subyugar el universo.

Por todas partes se operaba un movimiento de disolución general. Apenas sucumbió Seleuco, último representante de la unidad macedo-

(3) Visconti, loc., cit.

nica, todo se fraccionó. La Grecia se hace libre cuando iba á sujetarla, Macedonia la hereda su asesino, y el Asia Menor y la alta Asia recobran su independencia. La vasta dominación que fundó se escapa de las manos de sus inhábiles y desgraciados sucesores. En Oriente y en Occidente veinte pueblos proclaman su independencia y se constituyen en otros tantos reinos. Entre las pretensiones de estas nuevas nacionalidades que quieren vivir la vida de su libertad reconquistada, y las de las dinastías nacidas de la conquista macedónica que reivindican para sí la obediencia al derecho de la victoria, da comienzo una lucha larga, encarnizada, incesante. Por todas partes se ven discordias, crímenes, guerras y desastres, hasta que al fin, debilitados, aniquilados los dos partidos, caen bajo el poder de Roma.

La muerte de Seleuco era un acontecimiento de grande importancia; el puñal de Ptolomeo Cerauno había destruido su imperio. Desde este momento todo se puso en cuestión, y la dominación sostenida por el talento y el genio del «vencedor de vencedores» se desplomó de repente.

Casi hubo entonces una nueva desmembración del imperio de Alejandro sobre á quién debía pertenecer el Occidente y á quién el Oriente. Pretendientes no faltaban. El hijo del rey de Siria no tenía ni el genio ni las fuerzas suficientes para reemplazar á su padre. El débil Antioco se conformó con el Asia; la carga era bastante pesada para sus brazos, así es que dejó á sus rivales que se disputaran el Occidente.

La decadencia empezará muy pronto en el mundo de Alejandro. La separación de Grecia y Asia está ya manifiesta; cada una de estas comarcas es un campo abierto donde se ventilan las cuestiones particulares, donde combaten y se destruyen las ambiciones secundarias. Vamos á trazar rápidamente los rasgos principales de esta lucha, en la que se ven algunos nobles esfuerzos, donde brillan por un momento ilustres nombres y caracteres generosos: inútiles tentativas, esfuerzos desesperados en favor de una causa perdida, barrera impotente contra los designios eternos.

## CAPITULO IV

Siria y Egipto.—Antioco Soter: decadencia del imperio de los Seleucidas.—Invasión de los galos.—Guerra de Antioco contra Ptolomeo.—Reinado de Ptolomeo Filadelfo.—La versión de los Setenta.—Fin de Antioco Soter.—Antioco Théos.—Ptolomeo Evergetes y Seleuco II.—Seleuco III.—Egipto bajo Ptolomeo Evergetes.—Decadencia de la Siria y del Egipto.

«Si se supiera cuán difícil es reinar, decía Seleuco lleno de grandeza y de gloria, nadie se dignaría ni áun recoger la corona que se le ofrece en su camino.»

En efecto, la corona de Asia, ceñida á su frente, era un funesto presente que legaba á su raza. Después de él ninguno fué bastante fuerte para llevarla, ni tuvo el valor suficiente para defenderla; así es que su hijo Antioco fué el primero que no estuvo á la altura de su destino, sin embargo de haberse educado en la escuela de su padre.

La decadencia comenzó en él, y con gran deshonra del *gran rey* de Oriente, Filetero, eunuco de Macedonia, se hizo independiente en la pequeña ciudad de Pérgamo, ensayando así la desmembración de la monarquía de los seleucidas. Por otra parte los pueblos no estimaban á Antioco, porque en vez de vengar la muerte de su padre, hacia alianza con el asesino, porque perdía un ejército contra la Bitunia y retrocedía ante Eumenes, sucesor de Filetero.

Fué preciso la invasión extranjera para restablecer al rey en la opinión pública. Los galos, esos infatigables corredores del mundo antiguo, habían penetrado hasta el Asia.

Estos bárbaros, á quienes Alejandro calificó de *pueblo arrogante*, y al que los reyes sus sucesores emplearon en sus ejércitos, se habían

cansado de vencer para otro. Nuevas tribus de emigrados llegaron de la madre patria; se determinó hacer una grande expedición, pero mientras las dos divisiones del ejército general se arrojaban sobre la Península helénica y robaban con Benno á la cabeza, el templo sagrado de Delfos, un cuerpo rebelde emprendió nuevas conquistas. Dirigido por Lut-Herr y Leonor (1), estas bandas de galos recorrieron las costas á lo largo y se apoderaron del Quersoneso de Tracia. Desde allí, como desde un fuerte, caían sobre las ciudades griegas y las devastaban á su placer. Pronto el clima y las riquezas del Asia les hicieron caer en la tentación de establecerse allí. Lut-Herr robó dos grandes galeras y tres pequeños barcos á los embajadores de Antígono de Macedonia, y haciéndoles bogar día y noche, atravesaron en seguida el Bósforo con todo su ejército.

Al desembarcar, Nicomedes, rey de Bitinia, les recibió como auxiliares que podían serle útiles, y les dió tierras y ciudades; y los tolistoboyos, tectosagos y trocmos se establecieron en las costas orientales. Dueños del Asia Menor, la sortearon y se extendieron como un enjambre, cubriéndola de líneas de defensa. «Una horda de galos estableció su plaza de ar-

(1) Tito Livio, lib. XXXVIII.



mas sobre las ruinas de la antigua Troya (1), y los carros que habían llevado de Tolosa se detuvieron en las llanuras regadas por el río Caistro» (2).

Que las pequeñas ciudades griegas ó los reinos como el de Bitinia cediesen ante el «tumulto galo,» como llamaban en Italia á la invasión de los galos, nada tiene de particular; pero el hijo de Seleuco, el gran rey de Siria, debía rechazar á los bárbaros en honor de su corona, porque era el vengador natural del Asia, la única esperanza de los pueblos. Antioco marchó contra los invasores, y al pié del Tanous sus elefantes de guerra derrotaron y dispersaron á los belicosos hijos del Norte. El Asia, en el entusiasmo de su reconocimiento, proclamó al rey de Siria su «dios salvador.» Soter, vencedor de los galos, el «Salvador,» se creyó invencible y atacó á Ptolomeo de Egipto; el reino de los Faraones le convenia.

Pero el rey de Egipto está prevenido. Este hombre, familiarizado con el asesinato, y á quien la sangrienta ironía de los alejandrinos había denominado «Filadelfo, que ama á sus hermanos,» estaba libre de los temores que le había inspirado Cerauno; los galos le habían desembarazado de este rival. Filadelfo asesinó á dos de sus hermanos, se separó de su mujer y casó con su hermana. En él se hallaba la tradición viva de los harenes del Oriente: hubiérase dicho con razon que su córte era la de los últimos príncipes iraníos.

Y sin embargo, este príncipe, cruel como un déspota asiático, amaba las ciencias y las letras. Este es el que con una pasión verdaderamente helénica llamaba y honraba á los sabios; el que reunia las obras más raras y preciosas en su biblioteca, llamada Museo; por último, á él es á quien se debe la célebre «versión de los Setenta.»

Ochenta y dos judíos elegidos por el gran sacerdote Eleazar, á petición del monarca, tradujeron, con el auxilio del espíritu divino, los

(1) Estrabon, lib. XIII; M. Robion acaba de hacer un estudio especial de los establecimientos galos en Asia, cuya obra ha sido premiada por el Instituto.

(2) Calímaco, Hymn. ad Dian.; Amadio Thierry, *Historia de los galos*, lib. I, cap. V.

libros santos del pueblo de Israel. Los tiempos se acercaban, y la misericordia divina permitía que la luz de la verdad se extendiera por las naciones. Alejandría, centro intelectual de los dos mundos, debió comunicar indudablemente á los sabios de sus escuelas las preciosas enseñanzas de las sagradas letras. Pero era tal la debilidad de sus inteligencias, heridas por la reprobación nativa, que ni aun les era dado leer en estas páginas las palabras de la verdad eterna, ni comprender las misteriosas lecciones (1).

Ptolomeo había fortificado los límites de su reino, y mientras en el Occidente batía á su hermano Magas y á los sublevados de la Cirenáica, en el Oriente rechazaba á Antioco. Todos los esfuerzos de los sirios se estrellaron contra las fronteras de los egipcios, y el «Salvador» se retiró avergonzado y humillado.

En adelante, no buscando más que el reposo, el hijo de Seleuco vivió en una profunda inacción, hasta que murió á los golpes de un asesino galo, alcanzando entónces los honores de la apoteosis.

En él da principio, en efecto, esa serie de deificaciones que hacia ir á todos los reyes á la morada de los dioses, y cuyas bajezas aumentaban á medida que los príncipes se hacían más pérfidos, más viles, más infames.

Parecia que todos estos títulos eran una amarga burla, y que la Majestad Divina ultrajada se había encargado de vengarse ella misma, castigando este orgullo miserable.

Nadie fué más desgraciado ni más impotente que el nuevo seleucida Antioco, y sin embargo se hacia llamar *dios* y se le erigían altares y templos. Esto no le impidió que sufriera un fuerte revés al ir contra la ciudad de Bizancio, que tuviera que retroceder ante la oposición de los habitantes de Heraclea, y que fuera á Egipto á acabarse de arruinar, despues de ser batido por el afortunado Filadelfo. Este reino era una continua tentación y un escollo terrible para el poder sirio. Una guerra inter-

(1) Josefo, *Antigüedades judaicas*, lib. XXII, capítulo II; Aristeo, *Hist. LXX interp.* (Oxf., 1692); San Jerónimo, *Cuestion*, in Génes., in proemio, etc.



minable halló su último término en los tratados que se celebraron y en los matrimonios que se realizaron, enlaces que la política formaba y rompía á su placer, y que renovaron pronto en los tiempos helénicos las escenas de venganza tan comunes en Oriente. Las rebeliones, las sublevaciones, signo ordinario de semejantes reinados, no faltaron tampoco en éste. Despues de perdida la Persia y toda la Parthia, que comenzaba á levantarse de su postración en nombre de Vagh-Arschagh, Val-Arsace, y proclamaba la libertad (255), y perdida tambien la Bactriana, á quien su lugarteniente Teodoto erigia en reino para su provecho, el dios moría envenenado por su mujer Laodices (247).

Por esta misma época, despues de un largo reinado, murió tambien el Ptolomeo de Egipto. Estaba para comenzar la guerra entre los dos nuevos reyes. Al dar muerte Laodices á su marido había tambien asesinado á su rival Berenices, hija de Filadelfo. Para vengar á su hermana, Evergetes el Bienhechor invadió la Siria, pasó el Eufrates, se apoderó de la Babilonia, Susiana y Persia, y extendió sus conquistas hasta el centro de la Bactriana, apoderándose de los dioses que Cambises había en otro tiempo arrebatado á Egipto (241).

Todo había concluido para el infortunado Seleuco II, si contiendas de familia no hubieran llamado á Alejandría al vencedor. El rey de Siria se juzgaba dichoso con no perder más que la Celesiria y muchos tesoros. Los partos avanzaban amenazando con nuevas conquistas para aumentar su imperio; por otra parte, en Asia Menor el hermano del rey, Antioco el Gavilan, Hierat se declaraba en abierta rebelión, tomaba el título de rey y con los socorros de los galos, aquellos verdaderos conquistadores del Oriente, batía á Seleuco. Los enemigos se aprovechaban de estas guerras intestinas, y Arsch-agh y Teodoto y provincias orientales alcanzaban su independencia. Para colmo de vergüenza fué necesario que tambien tomara parte la dinastía de Pérgamo. Quiso este reino que acababa de nacer, hacerse respetar: Eumenes triunfó del Gavilan y de los galos, é hi-

zo á su vez temblar al rey de Siria; despues de tantas derrotas se empleó la cruel ironía de llamar á Seleuco con el nombre de *Brillante vencedor* (Kallinicos). Como si estos no fueran bastantes desastres, de repente se lanza sobre la Siria el Bienhechor de Egipto; apénas se comprende que Seleuco pudiera resistir y salvar su vida. Libre del enemigo de Oriente, fué vencido por el schah de los partos, y vióse al sucesor de Alejandro, al nieto de Seleuco, servir de escabel al sucesor de Darío. El Oriente iba á tomar la revancha.

El Seleucida sobrevivió á esta deshonra, y vino á morir despues de una caída de caballo en medio del placer.

En vano otro Seleuco intentó (225) vengar á su padre, marchando contra los partos: dos galos le envenenaron en medio del camino, y de toda su actividad sólo adquirió el sobrenombre de Rayo Keraunos.

Mientras que así pasaban los reyes por su trono, el bienhechor de Egipto sobrevivía á todos. Imitando á Alejandro, favorecia las letras, protegía la libertad helénica y cambiaba por cuadros de Sicione sus tropas y sus tesoros. En la Península Aratus acaba de fundar la hermosa liga aquea, última esperanza de la independencia de la Grecia. Este hecho nos lleva hácia el Occidente; por otra parte, está uno ya cansado de referir tantas guerras sin resultados y tantos crímenes sin venganza. Agotados los recursos de los dos reinos de Siria y Egipto por sus continuas luchas, van á continuar en la escena los dos reinos nacidos del imperio de Alejandro, siguiendo con rápido progreso esta prematura decadencia, cuyas tristes consecuencias ya hemos tenido ocasion de estudiar. Compasión da contemplar estas vergonzosas y débiles dominaciones, arrastrándose lánguidamente hácia su ruina y preparándose en cierta manera á la esclavitud que Roma les impondrá desde lo alto del Capitolio; y si los secretos designios de la Providencia no desvelaran y esclarecieran estos tristes funerales, se vería uno tentado á desgarrar estas páginas por indignación y por falta de gusto.